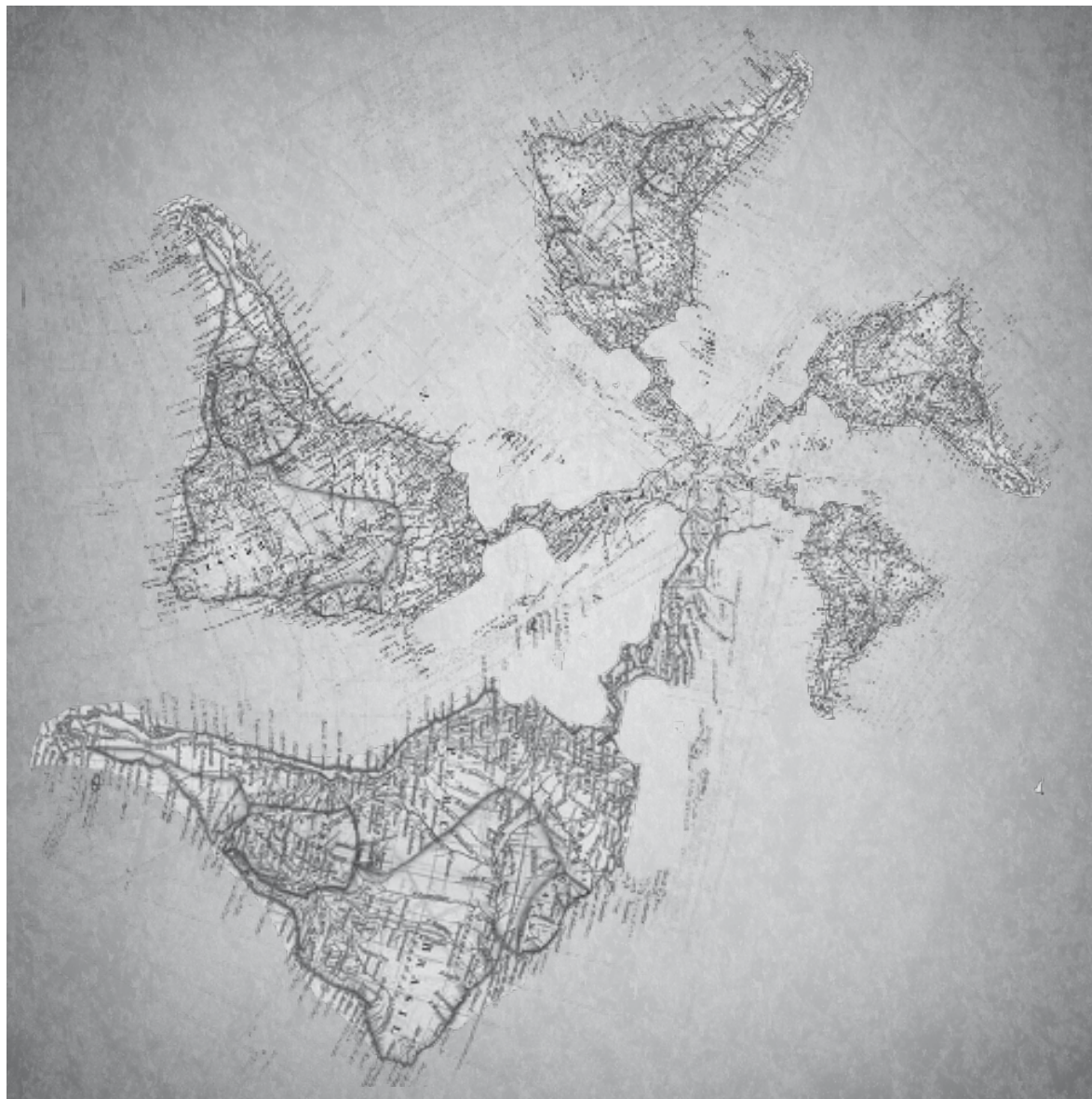


Entrevista a Alain Rouquié

Américas Latinas e identidad occidental



Alain Rouquié se ha ocupado extensamente de las diferencias, así como también de los rasgos comunes, entre estados de América Latina. En particular, ha estudiado los regímenes militares que tristemente marcaron sus historias así como las relaciones con los países (e ideas) de Europa. Por su temprana sensibilidad para abordar la complejidad de estas relaciones, que trató en su libro de 1987¹, nos pareció importante incluir sus palabras en este número de la revista.

Puente@Europa (P@E): Hace más de veinte años, Usted se hizo una pregunta difícil: ¿qué es América Latina?, pregunta que se mantiene actual hasta hoy. ¿También se mantienen las respuestas que Usted esbozó? ¿Cree que la abundante producción ensayística asociada al Bicentenario ha aportado algún elemento novedoso a su original análisis?

Creo que América Latina no ha cambiado de pasado y sigue caracterizándose por la diversidad de sus sociedades, la singularidad de sus naciones. Pero en estos últimos veinte años la diversificación se ha acentuado en el campo económico. Primero, con la aparición de una potencia con ambiciones globales como Brasil. Segundo, con una

multiplicidad de “global traders” capaces de resistir a fuertes choques externos como la crisis de 2008-2009 y, por fin, vemos aparecer a dos Américas Latinas: al norte, México, el Caribe y Centroamérica giran alrededor de los Estados Unidos, con los que han firmado tratados de libre comercio; en América del Sur, el gigante brasileño intenta organizar alrededor de su enorme potencial el conjunto de los países vecinos. En Brasilia no se habla más de América Latina sino de “Sudamérica”.

P@E: ¿Sigue pensando que debería hablarse, más bien, de “Américas Latinas”? ¿Piensa que las hipótesis de Indoamérica (en las palabras de Haya de la Torre) o América Indolatina (Sandino) han ganado fuerza? Le hacemos esta pregunta pensando en la integración europea, donde la pluralidad de culturas y sociedades se ha transformado, en estos últimos años, de ser un obstáculo a conformar la esencia misma de la nueva identidad europea.

Tal vez “Américas Latinas” sería un concepto más adaptado a la diversidad de siempre y a la división presente. La diferencia sin em-

bargo entre América Latina y Europa es el problema de las fronteras. Todos sabemos que América Latina se extiende del Río Bravo hasta la Tierra del Fuego. Nadie en Europa se atreve a definir las fronteras del continente: Rusia, Turquía, ¿son o no son países europeos? Es, a la vez, un punto de debate y un tabú en Bruselas.

P@E: ¿Cuáles serían los estímulos necesarios para desarrollar una consciencia unitaria en América Latina? ¿Puede la globalización y los desafíos que ésta impone a los estados ser un estímulo válido?

La conciencia unitaria... ¿para qué? Hace doscientos años que esta retórica florece y oscurece la realidad geopolítica del continente. El congreso de Panamá fracasó en 1826 y el ALCA también en 2005. Ni los libertadores ni los Estados Unidos lograron unificar el continente. Los estados tienen su propia dinámica. Lo que sí ha surgido en los últimos treinta años, a pesar de las vicisitudes políticas, de las crisis económicas y de las reacciones nacionalistas es un sentimiento de pertenencia regional. Creo que nunca fue tan significativo en América Central. También se está fortaleciendo en el Cono Sur. Pero tenemos que reconocer que este sentimiento está en su punto más bajo en los países andinos.

P@E: ¿Piensa que la tradición de desarrollo “hacia fuera” tiene todavía un peso relevante (y negativo) en cuanto a la escasa complementariedad de las economías? ¿Cree que esto influye en las posibilidades de éxito de la integración regional? Si es así, ¿cómo podría explicarse el progreso observado en el intercambio comercial durante los primeros años del Mercosur (1991-1998)?

Con esta segunda globalización vemos aparecer después de medio siglo de desarrollo auto-centrado y de industrialización sustitutiva de importaciones una nueva fase de crecimiento “hacia fuera”. La prosperidad que conoce gran parte de América Latina desde 2003 procede esencialmente de la fuerte demanda asiática de productos primarios. Por eso existe en algunos países el peligro de una “reprimarización”, que los haría más dependientes de los mercados internacionales y más vulnerables.

En cuanto al MERCOSUR, fue todo un éxito en la etapa fácil de la dinámica comercial. Pero a falta de instituciones comunes el proceso de integración no logró superar las divergencias de las políticas financieras y monetarias de los estados miembros y se ha estancado.

P@E: Uno de los rasgos homogeneizadores de América Latina que Usted identificó fueron sus relaciones con Europa, no solo en campo económico, sino en el campo cultural. ¿Podría resumir

brevemente los elementos de estas relaciones privilegiadas, el sentido de la homogenización puesta en marcha por ellas y su evolución?

América Latina en su conjunto sigue siendo una periferia del mundo industrializado que pertenece al Occidente, con el que comparte religión, valores e instituciones. Hoy día, más que nunca en 200 años, se nota esta identidad occidental en el campo político. América Latina es la región del mundo que cuenta con el mayor número de regímenes representativos después de Europa. La homogeneización por el consumo globalizado es un rasgo mucho más superficial que esta identidad política.

P@E: Este número de la revista está dedicado a analizar el paisaje de colonia hacia independencia y los mecanismos bajo los cuales la soberanía de los nuevos estados es puesta en marcha. Nos interesan, en particular, los mecanismos de control. En base a su gran conocimiento de las relaciones entre civiles y militares, ¿piensa Usted que aquellos mecanismos fueron “hiper militarizados”, por así decirlo, desde muy temprano –y así la clase militar pudo conquistar un poder político y una legitimación muy fuerte desde el principio? ¿O, más bien, se fueron consolidando de manera diferente según las épocas y los países?

Cuando nacen los estados independientes de América latina, sus sociedades jerárquicas y autoritarias enfrentan un desafío desestabilizador: la soberanía del pueblo es la única fuente de legitimidad del poder de las élites. Sin embargo, la utopía igualitaria (un hombre, un voto) tuvo como principal objetivo transferir la suma del poder político a una minoría criolla. La historia del siglo XIX y parte del XX procede de esta situación y plantea el problema crucial de la mejor forma de excluir al pueblo soberano del gobierno y de la toma de decisiones. Sin violencia cuando es posible, por la violencia muy a menudo. Aparece así una “norma de ilegitimidad” que justifica los golpes de estados contra los gobiernos constitucionales que amenazan el orden establecido. El militarismo a partir de 1930 y durante cincuenta años es así un mecanismo conservador del control social que nace de la insalvable contradicción entre un sistema de dominación social y las instituciones políticas. Con la distancia histórica creo que es lo que hoy día el Bicentenario nos enseña.

Notas

¹ Alain Rouquié, *Amérique Latine. Introduction à l'Extrême-Occident*, Paris, Seuil, 1987.